

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLIS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. 0108

Venerdì 22.02.2008

Pubblicazione: Immediata

Sommario:

- ◆ VISITA DEL CARDINALE SEGRETARIO DI STATO TARCISIO BERTONE AL SEMINARIO ARCIDIOCESANO SAN CARLOS Y SAN AMBROSIO DI LA HABANA (CUBA)
- ◆ SANTA MESSA PRESIDUTA DAL CARDINALE SEGRETARIO DI STATO TARCISIO BERTONE NELLA CATTEDRALE DE LA HABANA (CUBA)

◆ VISITA DEL CARDINALE SEGRETARIO DI STATO TARCISIO BERTONE AL SEMINARIO ARCIDIOCESANO SAN CARLOS Y SAN AMBROSIO DI LA HABANA (CUBA)

VISITA DEL CARDINALE SEGRETARIO DI STATO TARCISIO BERTONE AL SEMINARIO ARCIDIOCESANO *SAN CARLOS Y SAN AMBROSIO* DI LA HABANA (CUBA)

- DISCORSO DEL CARDINALE TARCISIO BERTONE
- TRADUZIONE IN LINGUA ITALIANA

Pubblichiamo di seguito il discorso che il Cardinale Segretario di Stato Tarcisio Bertone ha rivolto ieri pomeriggio ai seminaristi nel corso della visita al Seminario Arcidiocesano *San Carlos y San Ambrosio* di La Habana:

● DISCORSO DEL CARDINALE TARCISIO BERTONE

Señor Cardenal Arzobispo de La Habana,

Hermanos en el Episcopado,

Señor Rector,

Queridos Formadores y Seminaristas.

Dirijo mi cordial saludo a todos, agradeciendo la calurosa y fraterna acogida que me están dispensando en este *Seminario Archidiecésano de San Carlos y San Ambrosio*, donde cursan sus estudios todos los alumnos de Teología de las once circunscripciones eclesiásticas de Cuba y la mayor parte de los de Filosofía.

Doy gracias al Señor Rector por las amables palabras que me ha dirigido, a las cuales correspondo con reconocimiento y aprecio. Considero un don de Dios este encuentro con todos Ustedes, futuros pastores de la Iglesia que peregrina en Cuba.

Les traigo el saludo paterno de Su Santidad Benedicto XVI, que me encomendó vivamente decirles que los tiene muy presentes en su oración, pidiendo a Dios que los sostenga con su gracia en este camino que están recorriendo para llegar un día, si así es la voluntad divina, a ser pastores del rebaño de Dios, convirtiéndose en modelo de la grey que se les encomiende (Cf. *1 Pe* 5,1-4).

La Iglesia en Cuba, como en otras partes del mundo, necesita sacerdotes apasionados por el Señor y muy cercanos a sus hermanos; sacerdotes que sobresalgan por su doctrina y celo apostólico, que hablen a Dios de sus hermanos y a éstos del amor que Él les tiene, y que todo esto lo hagan con dedicación intachable. La Iglesia tiene puestos sus ojos en Ustedes, que son motivo de esperanza para quienes amamos a Cristo y nos esforzamos por difundir su Evangelio.

Ustedes, queridos Seminaristas, dentro de poco, si Dios quiere, se van a incorporar como sacerdotes a un rico patrimonio espiritual, en el que se alternan gozos y sufrimientos, períodos de esplendor y períodos de dificultades. Contemplan con fe y gratitud a los preclaros testigos del Evangelio que los precedieron, imiten su audacia y, con la ayuda y el ejemplo de sus Formadores, afronten con decisión estos años de Seminario, aprovechándolos al máximo para crecer en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres (Cf. *Lc* 2,40).

Al ver sus rostros radiantes de entusiasmo y deseos de servir al pueblo de Dios, me han venido a la mente aquellos años en que yo también me preparaba con ilusión al Presbiterado. Fueron años felices e intensos de oración, estudio y convivencia fraterna. Estoy convencido de que el Seminario es un tiempo de gracia.

También lo pensaba así el venerado Juan Pablo II, que vino a Cuba como "mensajero de la verdad y la esperanza", hace ahora diez años. Mi presencia entre Ustedes tiene el propósito de conmemorar este importante aniversario. En esta circunstancia, podemos recordar las palabras que el Papa dirigió a los Seminaristas en la Catedral metropolitana de La Habana, aquel 25 de enero de 1998, cuando los alentaba a implicarse en "una sólida formación humana y cristiana, en la que la vida espiritual ocupe un lugar preferencial". Y añadió: "Así se prepararán mejor para desempeñar el apostolado que más adelante se les confíe. Miren con esperanza el futuro en el que tendrán especiales responsabilidades. Para ello, afiancen la fidelidad a Cristo y a su Evangelio, el amor a la Iglesia, la dedicación a su pueblo". Además, los invitó a que en los claustros del Seminario se continuara "fomentando la fecunda síntesis entre piedad y virtud, entre fe y cultura, entre amor a Cristo y a su Iglesia y amor al pueblo" (n.5).

Ciertamente, el Seminario es un tiempo para ahondar en la amistad con Cristo y para robustecer nuestro sentido de Iglesia, porque también a Ustedes, como a aquellos dos discípulos de Juan que vieron pasar a Jesús, el Señor les invita a estar con Él (cf. *Jn* 1,35-39).

Este pasaje evangélico nos puede ayudar a comprender el Seminario como una escuela para aprender de Jesús, nuestro Maestro, profundizando continuamente en sus palabras y misión. Permanezcan, pues, con Él, asuman sus mismos sentimientos, identifíquense con su afán por hacer en todo momento la voluntad del Padre, imiten su entrega generosa y déjense conquistar por su amor sin límites.

A este propósito, Su Santidad Benedicto XVI, hablando del Seminario en su Viaje Apostólico con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, decía lo siguiente: "*Sois seminaristas, es decir, jóvenes que con*

vistas a una importante misión en la Iglesia, se encuentran en un tiempo fuerte de búsqueda de una relación personal con Cristo y del encuentro con Él. Esto es el seminario: más que un lugar, es un tiempo significativo en la vida de un discípulo de Jesús... Cada uno a su modo... se pone en camino, experimenta también la oscuridad y, bajo la guía de Dios, puede llegar a la meta".

Estas apreciaciones del Papa no eran fruto de una simple teoría. Él mismo las puso en práctica mientras fue Seminarista. El año pasado, cuando el Santo Padre estuvo en el Seminario Mayor de Roma con ocasión de la fiesta de su Patrona, la Virgen de la Confianza, tuvo la oportunidad de hablar de sus prioridades en sus años de preparación al Sacerdocio. Su Santidad contó cómo su amor a Cristo fue madurando en el Seminario ante todo con la oración, luego con la vida litúrgica, centrada en la Eucaristía y en la Palabra de Dios, con la disciplina de vida, el estudio serio y la comunión fraterna con los otros hermanos seminaristas y con los fieles (Cf. *Encuentro con los Seminaristas del Seminario Mayor de Roma, 17.2.2007, n.2*).

Queridos amigos, hagan suyas estas recomendaciones del Santo Padre y tengan siempre en cuenta que están en esta Institución para escuchar, una y otra vez, cómo Cristo los llama a dialogar con Él y a ahondar en el amor infinito que les tiene. Bien saben que Él los eligió por pura benevolencia, no a causa de los méritos que Ustedes tienen. Siéntanse, pues, destinatarios privilegiados de este amor y respondan a esta predilección divina con humilde generosidad.

Ojalá que nunca se oscurezca esta verdad en sus corazones, porque la meta que se les presenta es muy exigente. Han de prepararse bien a la misma con una formación ejemplar, sin limitarse a la mera superación de unos requisitos académicos. El estudio ha de ser, pues, riguroso, ordenado y concienzudo, en consonancia con la trascendental labor que les aguarda: llevar a sus contemporáneos la Buena Nueva de la salvación, nutriéndolos con la Eucaristía y mostrándoles al mismo tiempo, de palabra y con el propio testimonio, que Dios es amor.

Sé que sus Formadores, a quienes la Iglesia agradece el encomiable esfuerzo que están realizando y a los que animo a seguir en esta noble tarea, se preocupan de que la formación de Ustedes sea integral, profunda y completa, para que puedan ser excelentes misioneros de Jesucristo.

Queridos Formadores, continúen fomentando la dimensión *espiritual* en los Seminaristas para que sientan aprecio por la oración, la Eucaristía, el conocimiento de la Palabra de Dios y de la tradición viva de la Iglesia, la confesión frecuente, la comunión fraterna con sus compañeros y la ascesis como participación en la cruz de Cristo.

Sigan ahondando en la formación *humana*, que ayudará al aspirante al Sacerdocio a adquirir la madurez de su personalidad, caracterizada por el sentido de responsabilidad y el buen uso de la libertad, por la fidelidad a la palabra dada, por la capacidad de asumir libremente compromisos definitivos como los que entraña la vocación de consagración a Dios en el celibato sacerdotal y los demás aspectos del ministerio presbiteral (Cf. *Optatam Totius*, n. 11; Pastores Dabo Vobis, nn. 43-44).

Es importante igualmente la formación *cultural*, con un esmerado cultivo de las diversas disciplinas académicas, de modo que los Seminaristas se capaciten para iluminar la coyuntura del momento con la luz del Evangelio y de las ciencias humanas.

En definitiva, y como afirma el Concilio Vaticano II: "*Toda la educación de los seminaristas debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas, a ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor... Todos los aspectos de la formación –el espiritual, el intelectual, el disciplinar-, deben estar conjuntamente dirigidos a dicha finalidad pastoral"* (*Optatam Totius*, n.4).

Queridos amigos, los desafíos son grandes y complejos. ¡No tengan miedo! En este itinerario, permítanme que les diga, cuentan con una aliada inestimable. Me refiero a María, la Madre de Jesús. Estoy seguro de que Ustedes, como san Juan en el Calvario, ya han acogido a la Virgen "en su casa", es decir, en su corazón, en su vida, en sus alegrías y dificultades (Cf. *Jn 19,25-27*).

En la escuela de María se preparó Jesús para su ministerio de Buen Pastor. Así también, en la escuela de María, el futuro pastor de almas ha de forjar su personalidad como discípulo fiel de Cristo.

Que Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, vele sobre Ustedes, sus Formadores y los Bienhechores de esta casa. ¡Que Ella bendiga su camino hacia el sacerdocio! La Virgen dará el toque materno definitivo a su formación y los conducirá a su Hijo diciéndoles: "*Hagan lo que Él les diga*" (Jn 2,5).

A Ella me dirijo ahora para suplicarle: "*Virgen María, en tus manos pongo todas estas intenciones y a tu Inmaculado Corazón consagro todos estos jóvenes y sus anhelos de santidad. Custódialos bajo tu amparo y hazlos amigos fuertes y valerosos de Cristo, para gloria de Dios, bien de la Iglesia y salvación del mundo*".

¡Muchas gracias!

[00263-04.01] [Texto original: Español]

• **TRADUZIONE IN LINGUA ITALIANA**

Signor Cardinale Arcivescovo di La Habana,

Fratelli nell'Episcopato,

Signor Rettore,

Cari Formatori e Seminaristi.

Rivolgo il mio cordiale saluto a tutti, ringraziando per la cordiale e fraterna accoglienza che mi state riservando in questo *Seminario Arcidiocesano di San Carlos y San Ambrosio*, dove compiono i loro studi tutti gli alunni di Teologia delle undici circoscrizioni ecclesiastiche di Cuba e la maggior parte di quelli di Filosofia.

Ringrazio il Signor Rettore per le gentili parole che mi ha rivolto, e le contraccambio con riconoscenza e stima. Considero un dono di Dio questo incontro con tutti voi, futuri pastori della Chiesa pellegrina in terra cubana.

Vi porto il saluto fraterno di Sua Santità Benedetto XVI, che mi ha incaricato vivamente di dirvi che vi tiene particolarmente presenti nella sua preghiera, chiedendo a Dio di sostenervi con la sua grazia nel cammino che state percorrendo per divenire un giorno, se questa è la volontà divina, pastori del gregge di Dio, convertendovi in modello per il gregge che vi sarà affidato (cfr *1 Pt* 5, 1-4).

La Chiesa a Cuba, come in altre parti del mondo, ha bisogno di sacerdoti appassionati del Signore e molti vicini ai propri fratelli; sacerdoti che si distinguano per la loro dottrina e il loro zelo apostolico, che parlino a Dio dei propri fratelli e a questi dell'amore che Egli nutre per loro, e che facciano tutto ciò con dedizione irreprensibile. La Chiesa ha fissato il suo sguardo su di voi, che siete motivo di speranza per noi che amiamo Cristo e ci sforziamo di diffondere il suo Vangelo.

Voi, cari Seminaristi, fra poco Dio volendo entrerete a far parte, come sacerdoti, di un ricco patrimonio spirituale, nel quale si alternano gioie e sofferenze, periodi di splendore e periodi di difficoltà. Contemplate con fede e gratitudine gli illustri testimoni del Vangelo che vi hanno preceduto, imitate la loro audacia e, con l'aiuto e l'esempio dei vostri Formatori, affrontate con decisione questi anni di Seminario, beneficiandone al massimo per crescere in sapienza e in grazia dinanzi a Dio e agli uomini (cfr *Lc* 2, 40).

Nel vedere i vostri volti raggianti di entusiasmo e di desiderio di servire il popolo di Dio, mi sono tornati in mente quegli anni in cui anch'io mi preparavo con gioia al Presbiterato. Sono stati anni felici e intensi di preghiera, di studio e di convivenza fraterna. Sono convinto che il Seminario sia un tempo di grazia.

Lo stesso pensava il venerato Giovanni Paolo II, che è venuto a Cuba come «messaggero della verità e della speranza», dieci anni fa. La mia presenza in mezzo a voi ha come scopo di commemorare questo importante anniversario. In questa circostanza, possiamo ricordare le parole che il Papa ha rivolto ai Seminaristi nella Cattedrale metropolitana di La Habana, quel 25 gennaio 1998, quando li ha incoraggiati a impegnarsi in «una solida formazione umana e cristiana, in cui la vita spirituale occupi un posto preferenziale». E ha aggiunto: «In questo modo, vi preparerete meglio a svolgere la missione apostolica che vi verrà affidata in seguito. Guardate con speranza al futuro nel quale avrete responsabilità particolari. A tale scopo, rafforzate la fedeltà a Cristo e al suo Vangelo, l'amore per la Chiesa, la dedizione al vostro popolo». Inoltre li ha invitati a far sì che nei Seminario «si continui a promuovere la sintesi feconda tra pietà e virtù, tra fede e cultura, tra amore per Cristo e per la sua Chiesa e amore per il popolo» (n. 5).

Senza dubbio, il seminario è un tempo per approfondire l'amicizia con Cristo e per rafforzare il vostro senso di Chiesa, poiché Il Signore invita anche voi, come i due discepoli di Giovanni che videro passare Gesù, a stare con Lui (cfr Gv 1, 35-39).

Questo passaggio evangelico ci può aiutare a comprendere il Seminario come scuola per imparare da Gesù, nostro Maestro, approfondendo continuamente le sue parole e la sua missione. Restate, pertanto, con Lui, fate vostri i suoi sentimenti, identificatevi con il suo anelito a fare in ogni momento la volontà del Padre, imitate la sua dedizione generosa e lasciatevi conquistare dal suo amore senza limiti.

A tale proposito, Sua Santità Benedetto XVI, parlando del Seminario nel suo Viaggio Apostolico in occasione della XX Giornata Mondiale della Gioventù a Colonia, ha detto quanto segue: «Voi siete seminaristi, cioè giovani che, in vista di un'importante missione nella Chiesa, si trovano in un tempo forte di ricerca di un rapporto personale con Cristo, dell'incontro con Lui. Perché questo è il seminario: non tanto un luogo, ma, appunto, un significativo tempo della vita di un discepolo di Gesù.... Ciascuno a suo modo ... si mette in cammino, sperimenta anche il buio e sotto la guida di Dio può giungere alla meta».

Queste considerazioni del Papa non erano il frutto di una semplice teoria. Egli stesso le ha messe in pratica mentre era seminarista. L'anno scorso, quando il Santo Padre è stato nel Seminario Maggiore a Roma in occasione della festa della sua Patrona, la Madre della Fiducia, ha avuto l'opportunità di parlare delle sue priorità nei suoi anni di preparazione al Sacerdozio. Sua Santità ha raccontato come il suo amore a Cristo è maturato nel Seminario prima di tutto con la preghiera, poi con la vita liturgica, incentrata sull'Eucaristia e sulla Parola di Dio, con la disciplina di vita, lo studio serio e la comunione fraterna con gli altri fratelli seminaristi e con i fedeli (cfr *Incontro con i Seminaristi del Seminario Maggiore di Roma*, 17.2.2007, n. 2).

Cari amici, fate vostre queste raccomandazioni del Santo Padre e tenete sempre presente che siete in questa Istituzione per ascoltare, ogni giorno, come Cristo vi chiama a dialogare con Lui e a immergervi nell'amore infinito che nutre per voi. Sapete bene che Egli vi ha scelto per pura benevolenza, non per i meriti che avete. Sentitevi, quindi, destinatari privilegiati di questo amore e rispondete a questa predilezione divina con umile generosità.

Che mai si oscuri questa verità nel vostro cuore, poiché la meta che vi si presenta è molto impegnativa! Dovete prepararvi bene ad essa con una formazione esemplare, senza limitarvi al mero conseguimento di alcuni requisiti accademici. Lo studio deve essere, pertanto, rigoroso, ordinato e coscienzioso, in consonanza con l'importante opera che vi attende: portare a tutti i vostri contemporanei la Buona Novella della salvezza, nutrendoli con l'Eucaristia e mostrando loro allo stesso tempo, con le parole e con la testimonianza, che Dio è amore.

So che i vostri Formatori, che la Chiesa ringrazia per l'encomiabile sforzo che stanno realizzando e che incoraggio a continuare in questo nobile compito, si preoccupano che la vostra formazione sia integrale, profonda e completa, affinché possiate essere eccellenti missionari di Gesù Cristo.

Cari Formatori, continuate a promuovere la dimensione *spirituale* nei seminaristi, affinché apprezzino la preghiera, l'Eucaristia, la conoscenza della Parola di Dio e della tradizione viva della Chiesa, la confessione

frequente, la comunione fraterna con i compagni e l'ascesi come partecipazione alla croce di Cristo.

Continuate ad approfondire la formazione *umana*, che aiuterà l'aspirante al Sacerdozio ad acquisire maturazione nella propria personalità, caratterizzata dal senso di responsabilità e dal buon uso della libertà, dalla fedeltà alla parola data, dalla capacità di assumere liberamente impegni definitivi, come quelli che comporta la vocazione di consacrazione a Dio nel celibato sacerdotale e gli altri aspetti del ministero presbiterale (cfr *Optatam totius*, n. 11; *Pastores dabo vobis*, nn. 43-44).

È importante anche la formazione *culturale*, con una diligente attenzione per le diverse discipline accademiche, in modo che i seminaristi siano in grado di illuminare il tempo che stanno vivendo con la luce del Vangelo e delle scienze umane.

In definitiva, e come afferma il Concilio Vaticano II: «tutta l'educazione degli alunni deve tendere allo scopo di formarne veri pastori di anime, sull'esempio di nostro Signore Gesù Cristo maestro, sacerdote e pastore... tutti gli aspetti della formazione, spirituale, intellettuale, disciplinare, siano con piena armonia indirizzati a questo fine pastorale» (*Optatam totius*, n. 4).

Cari amici, le sfide sono grandi e complesse. Non abbiate paura! In questo itinerario, permettetemi di dirvi, potete contare su un'alleata inestimabile. Mi riferisco a Maria, la Madre di Gesù. Sono sicuro che voi, come San Giovanni sul Calvario, avete già accolto la Vergine «nella vostra casa», ossia nel vostro cuore, nella vostra vita, nelle vostre gioie e difficoltà (cfr *Gv* 19, 25-27).

Alla scuola di Maria Gesù si preparò al suo ministero di Buon Pastore. Così, alla scuola di Maria, il futuro pastore di anime deve forgiare la sua personalità come discepolo fedele di Cristo.

Che *Nuestra Señora de la Caridad del Cobre*, Patrona di Cuba, vegli su di voi, sui vostri Formatori e sui Benefattori di questa casa! Che Ella benedica il vostro cammino verso il sacerdozio! La Vergine darà il tocco materno definitivo alla vostra formazione e vi condurrà da suo Figlio, dicendovi: «Fate quello che vi dirà» (*Gv* 2, 5).

A Lei mi rivolgo ora per supplicarla: «Vergine Maria, nelle tue mani pongo tutte queste intenzioni e al tuo Immacolato Cuore consacro tutti questi giovani e il loro anelito di santità. Custodiscili sotto la tua tutela e rendili amici forti e coraggiosi di Cristo, per la gloria di Dio, il bene della Chiesa e la salvezza del mondo».

Grazie!

[00263-01.01] [Testo originale: Spagnolo]

SANTA MESSA PRESIDUTA DAL CARDINALE SEGRETARIO DI STATO TARCISIO BERTONE NELLA CATTEDRALE DE LA HABANA (CUBA) • OMELIA DEL CARDINALE TARCISIO BERTONE • TRADUZIONE IN LINGUA ITALIANA

Pubblichiamo di seguito l'omelia che il Cardinale Segretario di Stato Tarcisio Bertone ha pronunciato ieri sera nel corso della Celebrazione Eucaristica da lui presieduta nella Cattedrale de La Habana:

• OMELIA DEL CARDINALE TARCISIO BERTONE

Señor Cardenal,

Queridos Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio,

Queridos Religiosos y Religiosas,

Honorables Autoridades,

Representantes del Cuerpo Diplomático,

Hermanas y Hermanos en el Señor.

Hoy celebramos de forma anticipada la fiesta de la Cátedra del Apóstol San Pedro y lo hacemos en una circunstancia ciertamente singular, pues recordamos el décimo aniversario de la visita que el amado Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II, realizara a Cuba. Él vino como

mensajero de la verdad y la esperanzacumpliendo así la misión que el Señor le había confiado: ser Pastor de la Iglesia universal.

En la primera lectura, tomada del libro del profeta Ezequiel, hemos escuchado cómo el Señor en persona se preocupa de guiar a su grey, haciendo volver al redil a las ovejas descarriadas, curando a las enfermas, guardando a las gordas y fuertes y apacentando a todas como es debido (cf. Ez 34, 11-16). Éste es el proyecto que Él tiene para toda la humanidad. En efecto, todas las naciones de la tierra han sido llamadas por Dios para formar un solo pueblo que se deje conducir por Él, como el rebaño por el Pastor. A la Iglesia se le ha encomendado esta tarea, para lo cual no se apoya en seguridades humanas o materiales, sino en la gracia divina, pues su quehacer consiste en conducir a los hombres y mujeres del mundo a Cristo, para que haya un solo rebaño y un solo Pastor.

El pasaje evangélico que hoy se ha proclamado nos describe el origen de esta misión y también cómo ha de ser llevada a término. Siempre nos impresionan las palabras con las que el apóstol Pedro profesa su fe: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16). Ante esta confesión del Príncipe de los Apóstoles, Cristo responde con una afirmación que resuena fuertemente en nuestra alma: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16,18). Con estas palabras, Jesús revela a Pedro la tarea que le confía, es decir, la de ser el fundamento que dará consistencia a todo el edificio espiritual de la Iglesia. Las tres metáforas a las que Cristo recurre para ello son muy claras en sí mismas: Pedro será el cimiento firme sobre el que se apoyará la construcción de la Iglesia; tendrá las llaves del Reino de los cielos y, por último, podrá atar o desatar, en el sentido de admitir o rehusar aquello que crea necesario para la vida de la Iglesia que, sin embargo, es y seguirá siendo siempre del Señor.

El ministerio eclesial confiado a Pedro y a sus Sucesores es garantía de la unidad de la Iglesia, de la integridad del depósito de la fe y principio de comunión de todos los miembros del pueblo de Dios. Por consiguiente, la cátedra de Pedro, que hoy celebramos, no se apoya en fuerzas humanas, en "la carne y la sangre", sino en Cristo, piedra angular. También nosotros, como Simón, nos sentimos felices porque sabemos que nuestra gloria no está en nosotros mismos, sino en el designio eterno y providente de Dios, que envió a su Hijo, el Buen Pastor, para apacentar el rebaño y congregar a los hijos de Dios dispersos, ofreciéndose a sí mismo en el altar de la cruz como Cordero humilde y víctima expiatoria.

Este modelo de Pastor, que los Apóstoles aprendieron a conocer e imitar estando con Jesús, queda reflejado en la segunda lectura, en la que Pedro se define como "testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse" (1 Pe 1,5). Son palabras que incluso en su estructura esencial evocan el misterio pascual que ilumina nuestros corazones, especialmente en estos días cuaresmales. Pedro ha sido modelado como Pastor por Jesús, Buen Pastor, y por el dinamismo de su Pascua. Pedro escribió estas palabras ya anciano, sabiendo que se encaminaba hacia el ocaso de su vida, que terminó finalmente con el martirio. En esos momentos fue capaz de describir la verdadera alegría y de dónde procede: su fuente es Cristo, confesado y amado con nuestra fe débil pero sincera. Por este motivo pudo escribir a los cristianos de su comunidad y decirnos también a nosotros: "No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzado así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación" (1 Pe 1,8-9).

La Iglesia está fundada sobre la base firme de Pedro y su testimonio del mensaje de Cristo. La "cátedra" de Pedro es precisamente el símbolo de su misión, del lugar que ocupa y del papel que desempeña en el pueblo de Dios. A sus Sucesores corresponde transmitir y enseñar la verdad del Evangelio, vigilar por su integridad y pureza, así como proclamarla de manera auténtica. De este modo, los fieles tienen la seguridad de no desviarse del camino de salvación abierto por el Señor y estar en la verdadera senda que conduce a la plenitud del Reino de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, el relato evangélico de hoy nos muestra el origen divino de la Iglesia y cómo ésta es esencialmente una comunidad de fe. A la profesión de fe del Príncipe de los Apóstoles, Jesús responde asegurando que el poder del infierno no derrotará a la Iglesia (cf. *Mt 16,18*). Ella nace, por tanto, de la voluntad de Dios y se mantiene viva y activa en el mundo gracias a su Espíritu. Esta verdad une a los católicos del mundo entero y alienta a todos los bautizados para que sean parte activa de esta gran familia, que tiene como fin vivir ella misma con gozo la gracia de haber encontrado al Señor y anunciar su Evangelio de salvación. Colocada como llama en el corazón de la humanidad, como levadura y sal entre los hombres de cualquier raza y cultura, la Iglesia pide ser reconocida y respetada en su misión, sin ánimo de imponer, sino de proponer el Evangelio a cuantos encuentra en su camino.

El mensaje de salvación que la Iglesia brinda hoy a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, mensaje de justicia y de paz, de verdad y libertad, de fraternidad y amor, es el mismo que viene anunciando a la humanidad desde que comenzó a dar sus primeros pasos, hace más de dos mil años, y que ha sido confirmado además con el testimonio de los mártires y de los santos.

Con la proclamación del Evangelio de Cristo, la Iglesia ha dado una gran aportación a este continente, y en particular a Cuba, alentando el respeto de la vida humana desde su concepción a su término natural, tutelando el valor de la familia fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, defendiendo la libertad de conciencia y la libertad religiosa y promoviendo la inviolable dignidad de la persona humana. A lo largo de los siglos, esta verdad del Evangelio ha guiado los pasos de muchos cristianos en su tarea de ser sembradores de justicia y de paz. Más aún, los principios de libertad, igualdad y fraternidad, que en los últimos siglos se han afianzado fuertemente en la conciencia de los pueblos, tienen un cimiento sólido en el Evangelio y un desarrollo creciente en el pensamiento y en la conducta de los creyentes en Cristo. A este respecto, conviene recordar cómo ya en el siglo cuarto, San Agustín fue testigo de que la Palabra de Cristo era la respuesta al anhelo de libertad que hay en el corazón de cada hombre. San Francisco, el pobrecillo de Asís, se convirtió en el siglo trece en promotor infatigable de la fraternidad que brota del Evangelio y del amor de Cristo por los pobres. De la verdad evangélica que hace libres y del amor de Dios que convierte a todos los hombres en hermanos han sido testigos los miles y miles de hombres y mujeres que, a través de los siglos, han dedicado su vida por completo al servicio del necesitado, a la educación de la juventud, a la asistencia de los enfermos y encarcelados, dando así origen a iniciativas y obras de misericordia corporales y espirituales, movidos sólo por el amor a Dios y al prójimo.

Numerosos Institutos Religiosos y muchas otras personas se han dedicado con abnegación, y lo siguen haciendo, al servicio de los pobres, también aquí en Cuba. Es incalculable el bien que han hecho y hacen en esta hermosa Isla las religiosas y religiosos dedicados a cuidar a los ancianos, a los enfermos y a los menesterosos. Precisamente este año se espera la elevación a los altares del primer Beato cubano, el Padre Olallo Valdés. Este insigne hijo de su tierra, nacido en La Habana, fue abandonado en la casa de Beneficencia de esta ciudad y criado y educado por las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Siendo joven ingresó en la Orden de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios y en ella se consagró durante más de cincuenta años a una hermosa labor asistencial en Camagüey, atendiendo a los leprosos y a los desvalidos, a los abandonados y despreciados por la sociedad.

Tampoco hemos de olvidar a tantas Congregaciones Religiosas que, sobre todo durante el siglo veinte, llevaron a cabo en Cuba una extraordinaria y hermosa labor educativa en centros de enseñanza y en humildes escuelas parroquiales, en talleres de aprendizaje y en hogares para niños y niñas sin amparo familiar. Muchos de Ustedes recuerdan esto con amor y gratitud.

La Iglesia, al cumplir esta misión de educar, responde a la instrucción de Cristo a sus discípulos para que se ocuparan de los pequeños, porque de ellos es el Reino de los cielos (cf. *Mt* 18,1-5; 19,13-15). Fieles a este encargo del Señor, en 1728, los Dominicos fundaron la Universidad Pontificia de San Jerónimo de La Habana, donde se formaron en filosofía, derecho, teología y otras disciplinas varias generaciones de cubanos ilustres. Con ese mismo espíritu, poco después, el Obispo Pedro Miguel Morell de Santa Cruz, en su visita pastoral a Cuba, creó escuelas en cada uno de los caseríos y poblados que visitaba. Y cabe destacar sobre todo el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, en cuyas aulas enseñaron el Siervo de Dios, Padre Félix Varela, y el Padre José Agustín Caballero, y donde estudiaron los forjadores de la cultura cubana y, propiamente hablando, del pensamiento nacional cubano.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios porque la realidad de la Iglesia en Cuba a través de los siglos ha sido una presencia benéfica, marcada por una intensa acción educativa, de promoción humana y de respeto a la vida de toda persona. Ella, fiel a las enseñanzas de Cristo, aspira a estar cada vez más presente y activa en medio de la sociedad con las modalidades propias del mundo actual, llevando a cabo al mismo tiempo su apremiante misión de enseñar, sanar, asistir al pobre y promover la dignidad de todos los seres humanos en su dignidad, ya sean marginados, desplazados o encarcelados. En este sentido, quiero recordar con gozo el trabajo que "Caritas" cubana está realizando en favor de los ancianos, y sus esfuerzos por llegar hasta sus hogares y atenderlos, así como su afán por ayudar a las personas enfermas, solas o necesitadas. Todo ello es posible gracias a la cooperación de muchos voluntarios que, en los diez años desde que el Papa visitara Cuba, han ido creciendo en número, en generosidad y en compromiso solidario. La caridad cristiana y eclesial tiene también en Cuba algunas manifestaciones en la educación de niños y jóvenes con dificultades escolares, y se abriga la esperanza de que se pueda ensanchar sin reservas este importante campo de su misión.

A la vez que me alegro al ver todo este fervor pastoral y misionero, saludo con cordialidad y gratitud al Señor Cardenal Arzobispo de La Habana, que ha tenido la amabilidad de invitarme a presidir esta solemne Eucaristía. Saludo igualmente con afecto al Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, a los demás Hermanos Obispos, a los Sacerdotes, a los Religiosos y Religiosas, así como a los seglares que colaboran en labores eclesiales, principalmente a los que desempeñan su apostolado con los jóvenes, que son la esperanza y el futuro de la Iglesia. Dirijo asimismo mi saludo a las Autoridades aquí presentes, a los representantes del Cuerpo Diplomático y a las personalidades que hoy nos han querido acompañar.

Tengo el honor y el gozo de transmitir a todos y cada uno de Ustedes la cercanía espiritual de Su Santidad Benedicto XVI, así como su aliento para proseguir en el camino que están recorriendo. El Sucesor de San Pedro sigue con paterna solicitud la vida y la actividad de la Iglesia en esta querida Nación y conoce los anhelos y preocupaciones de todos Ustedes. Así mismo, les asegura un recuerdo en su oración, para que Dios bendiga sus esfuerzos evangelizadores y despierte en sus parroquias muchas y santas vocaciones sacerdotales y religiosas para el servicio del pueblo de Dios.

El campo en el que la Iglesia está presente es muy vasto y son muchos los niños, adolescentes, jóvenes, enfermos, ancianos, personas que tienen sed de Dios y a los que ella se dirige como Madre, proponiéndoles a Cristo como Redentor del hombre y de todo hombre. Su Evangelio es fuente de la que brotan aquellos valores cristianos que son también profundamente humanos y humanizadores. La Iglesia desea poder ampliar sin límites el radio de su acción a otros ámbitos, para contribuir con tesón al bien común del pueblo cubano.

A María Santísima, venerada con mucha devoción por los cubanos bajo la advocación de la Caridad del Cobre, confío las aspiraciones que todos Ustedes llevan en el corazón, queridos hermanos y hermanas. Que Ella les ayude a colmarlas plenamente.

Con estos deseos, que son objeto de nuestras plegarias, nos disponemos a acoger a Jesús, que se va a hacer realmente presente entre nosotros en la Eucaristía. Su presencia nos colmará de

alegría y otorgará sentido y valor a vuestros anhelos de auténtico bien. Amén.

[00264-04.01] [Texto original: Español]

• **TRADUZIONE IN LINGUA ITALIANA**

Signor Cardinale

Cari Fratelli nell'Episcopato e nel Sacerdozio,

Cari Religiosi e Religiose,

Onorevoli Autorità,

Rappresentanti del Corpo Diplomatico,

Fratelli e Sorelle nel Signore.

Oggi celebriamo con anticipo la festa della Cattedra dell'Apostolo San Pietro e lo facciamo in una circostanza certamente singolare, in quanto ricordiamo il decimo anniversario della visita che l'amato Servo di Dio, Papa Giovanni Paolo II, ha realizzato a Cuba. Egli è venuto come *messaggero della verità e della speranza*, compiendo così la missione che il Signore gli aveva affidato: essere Pastore della Chiesa universale.

Nella prima lettura, presa dal libro del profeta Ezechiele, abbiamo ascoltato come il Signore in persona si preoccupi di guidare il suo gregge, facendo tornare all'ovile le pecore disperse, curando quelle malate, avendo cura di quelle grasse e forti e facendole pascolare tutte con giustizia (cfr *Ez 34, 11-16*). Questo è il progetto che Egli ha per tutta l'umanità. In effetti, tutte le nazioni della terra sono state chiamate da Dio a formare un solo popolo che si lasci guidare da Lui, come il gregge dal Pastore. Alla Chiesa è stato affidato questo compito, per il quale non si appoggia a sicurezze umane o materiali, ma alla grazia divina, poiché il suo compito consiste nel guidare gli uomini e le donne del mondo a Cristo, affinché vi siano un solo gregge e un solo Pastore.

Il passaggio evangelico proclamato oggi ci descrive l'origine di questa missione e anche come debba essere portata a compimento. Ci colpiscono sempre le parole con cui l'apostolo Pietro professa la sua fede: «Tu sei il Cristo, il Figlio del Dio vivente» (*Mt 16, 16*). Di fronte a questa confessione del Principe degli Apostoli, Cristo risponde con un'affermazione che risuona fortemente nella nostra anima: «Tu sei Pietro e su questa pietra edificherò la mia Chiesa» (*Mt 16, 18*). Con queste parole, Gesù rivela a Pietro il compito che gli affida, ossia quello di essere il fondamento che darà consistenza a tutto l'edificio spirituale della Chiesa. Le tre metafore a cui Cristo ricorre a tal fine sono di per sé molto chiare: Pietro sarà il fondamento saldo su cui si baserà la costruzione della Chiesa; avrà le chiavi del Regno dei cieli e, infine, potrà legare e sciogliere, nel senso di ammettere o di rifiutare quello che riterrà necessario per la vita della Chiesa che, tuttavia, è, e continuerà a essere, sempre del Signore.

Il ministero ecclesiale affidato a Pietro e ai suoi Successori è garanzia dell'unità della Chiesa, dell'integrità del deposito della fede e principio di comunione di tutti i membri del popolo di Dio. Di conseguenza, la Cattedra di Pietro, che oggi celebriamo, non poggia su forze umane, su «la carne e lo spirito», ma su Cristo, pietra d'angolo. Anche noi, come Simone, ci sentiamo felici perché sappiamo che la nostra gloria sta non in noi stessi, ma nel disegno eterno e provvidente di Dio, che ha inviato suo Figlio, il Buon Pastore, per pascere il gregge e riunire i figli di Dio dispersi, offrendo se stesso sull'altare della croce come Agnello umile e vittima sacrificale.

Questo modello di Pastore, come gli Apostoli impararono a conoscere e a imitare stando con Gesù, è riflesso nella seconda lettura, nella quale Pietro si definisce «testimone delle sofferenze di Cristo e partecipe della gloria che deve manifestarsi» (*1 Pt 5, 1*). Sono parole che persino nella loro struttura essenziale evocano il mistero pasquale che illumina i nostri cuori, in particolare in questi giorni quaresimali. Pietro è stato modellato come Pastore da Gesù, Buon Pastore, e dal dinamismo della sua Pasqua. Pietro scrisse queste parole quando era già anziano, sapendo che si incamminava verso il tramonto della sua vita, che terminò infine con il martirio. In quei momenti fu capace di scoprire la vera gioia e da dove proviene: la sua fonte è Cristo, confessato e amato con la

nostra fede debole ma sincera. Per questo motivo potè scrivere ai cristiani della sua comunità e dire anche a noi: «voi lo amate, pur senza averlo visto; e ora senza vederlo credete in lui. Perciò esultate di gioia indicibile e gloriosa, mentre conseguite la meta della vostra fede, cioè la salvezza delle anime» (1 Pt 1, 8-9).

La Chiesa è fondata sulla base salda di Pietro e sulla sua testimonianza del messaggio di Cristo. La «Cattedra» di Pietro è precisamente il simbolo della sua missione, del posto che occupa e del ruolo che svolge fra il popolo di Dio. Ai suoi Successori spetta trasmettere e insegnare la verità del Vangelo, vegliare sulla sua integrità e purezza, e anche proclamarla in maniera autentica. In tal modo, i fedeli hanno la sicurezza di non allontanarsi dal cammino della salvezza aperto dal Signore e di essere sul giusto sentiero che conduce alla pienezza del Regno di Dio.

Cari fratelli e sorelle, il racconto evangelico di oggi ci mostra l'origine divina della Chiesa e come questa è essenzialmente una comunità di fede. Alla professione di fede del Principe degli Apostoli, Gesù risponde assicurando che il potere dell'inferno non sconfiggerà la Chiesa (cfr Mt 16, 18). Essa nasce, pertanto, dalla volontà di Dio e si mantiene viva e attiva nel mondo grazie al suo Spirito. Questa verità unisce i cattolici di tutto il mondo e incoraggia tutti i battezzati a essere parte attiva di questa grande famiglia, che ha come fine quello di vivere essa stessa con gioia la grazia di aver incontrato il Signore e di annunciare il suo Vangelo di salvezza. Posta come fiamma luminosa nel cuore dell'umanità, come lievito e sale fra gli uomini di qualsiasi razza e cultura, la Chiesa chiede di essere riconosciuta e rispettata nella sua missione, non avendo alcuna volontà di imporsi, ma di proporre il Vangelo a quanti incontra lungo il suo cammino.

Il messaggio di salvezza che la Chiesa offre oggi agli uomini e alle donne del nostro tempo, messaggio di giustizia e di pace, di verità e di libertà, di fraternità e di amore, è lo stesso che viene annunciato all'umanità da quanto la Chiesa iniziò a compiere i suoi primi passi, più di duemila anni fa, ed è stato confermato anche dalla testimonianza dei martiri e dei santi.

Con la proclamazione del Vangelo di Cristo, la Chiesa ha dato un grande contributo a questo continente, e in particolare a Cuba, incoraggiando il rispetto della vita umana dal suo concepimento fino al suo termine naturale, tutelando il valore della famiglia fondata sul matrimonio di un uomo e una donna, difendendo la libertà di coscienza e la libertà religiosa e promuovendo l'inviolabile dignità della persona umana. Nel corso dei secoli, questa verità del Vangelo ha guidato i passi di molti cristiani nel loro compito di seminatori di giustizia e di pace. Inoltre, i principi di libertà, uguaglianza e fraternità, che negli ultimi secoli si sono rafforzati molto nella coscienza dei popoli, hanno un fondamento solido nel Vangelo e uno sviluppo crescente nel pensiero e nella condotta dei credenti in Cristo. A tale proposito, è opportuno ricordare come già nel quarto secolo, Sant'Agostino fu testimone che la Parola di Cristo era la risposta all'anelito di libertà che vi è nel cuore di ogni uomo. San Francesco, il poverello di Assisi, divenne nel tredicesimo secolo il promotore infaticabile della fraternità che nasce dal Vangelo e dell'amore di Cristo per i poveri. Della verità evangelica che rende liberi e dell'amore di Dio che trasforma tutti gli uomini in fratelli sono stati testimoni le migliaia di uomini e donne che, attraverso i secoli, hanno dedicato la loro vita completamente al servizio dei bisognosi, all'educazione dei giovani, all'assistenza dei malati e dei detenuti, dando così origine a iniziative e opere di misericordia corporali e spirituali, mossi solo dall'amore verso Dio e il prossimo.

Numerosi Istituti religiosi e molte altre persone si sono dedicati con generosità, e continuano a farlo, al servizio dei poveri, anche qui a Cuba. È incalcolabile il bene che hanno fatto e continuano a fare in questa bella Isola le religiose e i religiosi dediti ad assistere gli anziani, i malati e i bisognosi. Proprio quest'anno si attende l'elevazione agli onori degli altari del primo Beato cubano, Padre Olallo Valdés. Questo insigne figlio della sua terra, nato all'Avana, fu abbandonato nella casa di Beneficenza di questa città e allevato ed educato dalle Figlie della Carità di San Vincenzo de' Paoli. Da giovane entrò nell'Ordine Ospedaliero di San Giovanni di Dio e in esso si dedicò per oltre cinquant'anni a una bella opera assistenziale a Camagüey, aiutando i lebbrosi e gli inabili, le persone abbandonate e disprezzate dalla società.

Non dobbiamo neppure dimenticare le tante Congregazioni Religiose che, soprattutto durante il ventesimo secolo, hanno svolto a Cuba una straordinaria e bella opera educativa in centri di insegnamento e in umili scuole parrocchiali, in laboratori tecnici e in case per bambini e bambine senza famiglia. Molti di voi ricordano ciò con

amore e gratitudine.

La Chiesa, nel compiere questa missione educativa, risponde al mandato di Cristo ai suoi discepoli di occuparsi dei piccoli, poiché di essi è il Regno dei cieli (cfr *Mt* 18, 1-5; 19, 13-15). Fedeli a questo mandato del Signore, nel 1728, i Domenicani fondarono la Pontificia Università di San Girolamo, all'Avana, dove si formarono in filosofia, diritto, teologia e altre discipline diverse generazioni di cubani illustri. Con questo stesso spirito, poco dopo, il Vescovo Pedro Miguel Morell de Santa Cruz, nella sua visita pastorale a Cuba, creò scuole in ogni borgo e villaggio che visitava. Bisogna citare in particolare il Collegio Seminario di San Carlo e di Sant'Ambrogio, nelle cui aule insegnarono il Servo di Dio, Padre Félix Varela e Padre José Agustín Caballero, e dove studiarono quanti forgiarono la cultura cubana, e, correttamente parlando, il pensiero nazionale cubano.

Cari fratelli e sorelle, rendiamo grazie a Dio perché la realtà della Chiesa a Cuba attraverso i secoli è stata una presenza benefica, caratterizzata da un'intensa azione educativa, di promozione umana e di rispetto della vita di ogni persona. Essa, fedele agli insegnamenti di Cristo, aspira a essere sempre più presente e attiva in mezzo alla società con le modalità proprie del mondo attuale, portando a termine allo stesso tempo la sua pressante missione di insegnare, di curare, di assistere il povero e di promuovere la dignità di tutti gli esseri umani nella loro dignità, specialmente emarginati, senza dimora o detenuti. In tal senso, desidero ricordare con gioia il lavoro che la «Caritas» cubana sta realizzando a favore degli anziani, e i suoi sforzi per giungere nelle loro case e per assisterli, e anche il suo impegno ad aiutare le persone malate, sole e bisognose. Tutto ciò è possibile grazie alla cooperazione di molti volontari che, in questi dieci anni da quando il Papa ha visitato Cuba, sono cresciuti in numero, generosità e impegno solidale. La carità cristiana ed ecclesiale si esprime altresì a Cuba nell'educazione dei bambini e dei giovani con difficoltà scolastiche, e si nutre la speranza che si possa ampliare senza riserve questo importante campo della sua missione.

Mentre mi rallegro nel vedere tutto questo fervore pastorale e missionario, saluto con cordialità e gratitudine il signor Cardinale Arcivescovo dell'Avana, che è stato così cortese da invitarmi a presiedere questa solenne Eucaristia. Saluto parimenti con affetto il Presidente della Conferenza dei Vescovi Cattolici di Cuba, gli altri Fratelli Vescovi, i Sacerdoti, i religiosi e le Religiose, e anche i laici che collaborano alle attività ecclesiali, soprattutto quelli che svolgono il loro apostolato fra i giovani, che sono la speranza e il futuro della Chiesa. Rivolgo il mio saluto anche alle Autorità qui presenti, ai rappresentanti del Corpo Diplomatico e alle personalità che oggi hanno voluto unirsi a noi.

Ho l'onore e la gioia di trasmettere a tutti e a ognuno di voi la vicinanza spirituale di Sua Santità Benedetto XVI, e il suo incoraggiamento a proseguire nel cammino che state percorrendo. Il Successore di San Pietro segue con paterna sollecitudine la vita e le attività della Chiesa in questa amata Nazione e conosce gli aneliti e le preoccupazioni di tutti voi. Vi assicura pertanto del suo ricordo nella preghiera, affinché Dio benedica i vostri sforzi tesi all'evangelizzazione, e susciti nelle vostre parrocchie numerose e sante vocazioni sacerdotali e religiose per il servizio al popolo di Dio.

Il campo in cui la Chiesa è presente è molto vasto e sono molti i bambini, gli adolescenti, i giovani, i malati, gli anziani, le persone che hanno sete di Dio e ai quali essa si rivolge come Madre, proponendo loro Cristo come redentore dell'uomo e di ogni uomo. Il suo Vangelo è la fonte dalla quale scaturiscono quei valori cristiani che sono anche profondamente umani e umanizzanti. La Chiesa desidera poter ampliare senza limiti il suo raggio di azione in altri ambiti, per contribuire con impegno al bene comune del popolo cubano.

A Maria Santissima, venerata con molta devozione dai cubani con il titolo di *Virgen de la Caridad del Cobre*, affido le aspirazioni che tutti voi serbate nel cuore, cari fratelli e sorelle. Che Ella vi aiuti a colmarle pienamente!

Con questi auspici, che sono oggetto delle nostre preghiere, ci disponiamo ad accogliere Gesù, che sarà realmente presente fra noi nell'Eucaristia. La sua presenza ci colmerà di gioia e conferirà senso e valore ai nostri aneliti di autentico bene. Amen.

[B0108-XX.01]
